

## LA CONDICIÓN HUMANA Y OTROS ASUNTOS MENORES

Es lunes por la mañana y el informe del clima pronosticó que nadie verá el sol a lo largo de la semana. La densa capa de *smog* apenas deja pasar unos tenues rayos de luz, pero no son suficientes para iluminar la ciudad, así que el alumbrado público debe funcionar incluso durante el día. Los servicios médicos sugieren llevar consigo el doble del oxígeno auxiliar recomendado porque podría ser necesario. La única ventaja de los días nublados es que el sol quema menos y a los trabajadores se les permite irse a casa temprano. Milena repasa mentalmente la lista de pendientes que debe resolver en su oficina esa mañana, mientras estaciona su auto fuera del edificio de traumatología del Hospital Central. Su compañera de trabajo llegó desde temprano para un trasplante y le pidió pasar por ella después de la cirugía. La fila de pacientes alcanza varios metros hasta darle vuelta a la calle, muchos van con muletas o en silla de ruedas, casi todos con mascarillas, algunos llevan respiradores para soportar la mala calidad del aire y la larga espera. Todo ese sacrificio habrá

valido la pena cuando salgan de ahí llevando consigo un nuevo brazo o una nueva pierna.

Desde hace un par de años comenzó el *boom* de las prótesis robóticas entre la gente con poco dinero, surgían nuevas marcas cada mes con precios cada vez más bajos, había opciones de repuestos económicos y era más fácil darle mantenimiento a una prótesis que a un músculo real. Los cuerpos con prótesis eran considerados de bajo riesgo para los vendedores de pólizas y el seguro médico no regateaba en las operaciones. Solo los ricos podían pagarse cuerpos orgánicos, era la nueva tendencia de la belleza entre las clases altas. Hace cincuenta años era todo lo contrario, fueron ellos quienes comenzaron a reemplazar partes de su cuerpo con extensiones robóticas. Se hablaba de eso como el futuro de la humanidad, pero una vez que el mercado se apropió de los modelos e hizo versiones baratas, a los ricos dejó de interesarles las modificaciones, ya no era una forma de diferenciarse, así que evocaron los cuerpos orgánicos de sus antepasados como el nuevo estándar de bienestar.

Pasan los minutos y Milena observa impaciente en dirección al edificio de traumatología, deben darse prisa, en un par de horas verán a su jefe que las ha llamado a la oficina con carácter de urgencia. Por aquella puerta salen los pacientes casi como nuevos, es un “casi” porque a veces la máquina falla en atinar con el color de piel de cada usuario. Los desaciertos facilitan saber cuándo alguien lleva una prótesis o no, pero esos son asuntos sin importancia, todo el mundo se ve contento después de salir del edificio. A diferencia de la mayoría, Milena no tiene

ninguna prótesis robótica, no porque sea rica sino porque inexplicablemente es muy saludable. Se ha enfermado dos o tres veces en su vida y no ha necesitado hacer gran uso de su seguro médico. En esa época en que la gente nace con enfermedades degenerativas, ella es una especie de rareza y lo sabe. Pero prefiere no llamar la atención sobre ese tema, ya hace tiempo algunas partes de su cuerpo no andan bien, después de los cuarenta es normal que los órganos y articulaciones comiencen a fallar, pero prefiere no decir nada, tiene la terca obsesión de querer ser intervenida lo menos posible, de su abuela dicen que murió sin necesidad de ningún trasplante y quiere poder decir lo mismo de sí misma.

Su afán por conservar un cuerpo orgánico y el miedo que tiene de perder algún miembro es de por sí, una situación irónica, porque ella no trabaja como escultora ni como pianista, Milena es policía y solo un milagro puede explicar que después de tantos años de servicio aún no sufriera una pérdida considerable. Hace años se fracturó la muñeca, pero optó por usar un yeso y pagar una costosa rehabilitación antes que cambiar su mano por una prótesis.

Esa mañana lee las noticias del día sentada dentro su auto mientras espera. Los titulares son más o menos los mismos de siempre: guerras en Europa del Este, tráfico de órganos en el mundo, nuevos y costosos *resorts* en La Luna acompañados de acaloradas discusiones legales en las Naciones Unidas sobre qué espacio del satélite le corresponde a cada país en función de su tamaño y población. Según

la nota, a Nicaragua deben darle un terreno del tamaño de una casa con cuatro habitaciones y jardín, así que el gobierno ya había comenzado gestiones para instalar su embajada en La Luna que a la vez sería centro de descanso para altos funcionarios. Estaba a punto de caer dormida cuando Noa tocó su ventana. Fue por ella al hospital para asegurarse que todo estaba bien con su prótesis, los médicos le recomendaron usar su nuevo brazo lo menos posible por un par de días y que se mantuviera atenta ante cualquier respuesta de su cuerpo intentando rechazar el implante. Pero esa no era la primera cirugía de su compañera, ya había perdido un pulmón, el hígado, la rodilla izquierda, además su hombro y su pie derecho. Todo lo cambió por piezas robóticas. Tuvo la oportunidad de salvarlos pero a ella no le interesaba invertir tiempo y esfuerzo en conservar partes reemplazables y de difícil mantenimiento.

A Milena le parece un sinsentido deshacerse de partes orgánicas sin ningún pudor, sin siquiera esforzarse por conservarlas, pero Noa sabe que su vida será más sencilla mientras más miembros y órganos consiga reemplazar. Ya está volviéndose vieja, las prótesis la blindan ante los dolores y el paso del tiempo, además su nuevo brazo hace que necesite menos agua y comida para funcionar. Cuando Noa le explicaba sus razones, Milena permanecía en silencio pensando que su compañera estaba en lo correcto. Finalmente, su apego a su cuerpo orgánico era solo un gasto de recursos innecesario, pero para ella era como una especie de reafirmación de su humanidad, aunque en realidad no sabía qué significaba eso, solo se lo decía a sí misma, muchas veces durante la

semana, “soy humana”, como si fuera de los pocos ejemplares de una especie en extinción. Noa no tenía tiempo para esas disertaciones filosóficas porque, como muchos, nació con un cuerpo defectuoso, débil, no era nada fuera de lo común, era más bien la norma en ese mundo donde los ricos lo acaparaban todo: la comida real, la belleza sin cirugías, el agua potable, los cuerpos sanos y sin prótesis.

Observa el nuevo brazo de su compañera y se da cuenta que no se corresponde con el tono de su piel, pero se asemeja bastante. Había visto resultados mucho peores, aunque se da cuenta que la nueva mano es un poco diferente, las uñas de la derecha no tienen la misma forma que las de la izquierda, pero todo eso es imperceptible, ella lo notó porque siempre ha sido observadora, pero viéndola de lejos nadie podría enterarse que se trataba de una prótesis. Noa siente su mirada, sabe que no es el mejor modelo, vio unos muy buenos en internet pero esos no los cubría el seguro, además, las extremidades eran lo más solicitado en los últimos años así que no podía exigir demasiado. Mueve los dedos, todo funciona bien por ahora, pero debe estar alerta ante alguna reacción extraña de su cuerpo.

Milena conduce en dirección a la oficina, siempre evita el piloto automático porque le gusta manejar, es de las pocas cosas que le enseñó su padre antes de marcharse a la Luna. El hombre se fue a buscar suerte y terminó convirtiéndose en uno de los responsables de construir los enormes hoteles de lujo que aparecen en las revistas. Enviaba dinero de vez en cuando, luego perdieron el contacto, se hizo de otra familia, regresó a la Tierra pero a vivir en otro